

**A LA LUZ DE LA MEMORIA, PARADIGMAS DE OLVIDOS,
SILENCIOS Y OCULTACIÓN:
LA REINA-FARAÓN HATSHEPSUT**

**PARADIGMS OF OBLIVION, SILENCES AND
CONCEALMENT:
THE PHARAOH QUEEN HATSHEPSUT**

ROSA ANA GARBARINO DE CALVO
CRISTIAN ESPEJO DE ROMARIÓN
UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN JUAN

Sumario:

1. Algunas reflexiones sobre Historia de las mujeres, memoria y olvido

Resumen: La reina egipcia Hatshepsut fue condenada al olvido por el discurso oficial. Destacada estratega, pretendió instalar una dinastía femenina en el tradicional Egipto de los faraones. En este artículo se analiza su vida y se ponderan sus dotes políticas que la inmortalizaron como un personaje ideal.

Palabras clave: Egipto. *Damnatio memoriae*. Reina Hatshepsut. Estratega con pretensiones de dinastía femenina.

Abstract: The Egyptian queen Hatshepsut was officially condemned to oblivion. A distinguished strategist, she tried to set up a feminine dynasty in the traditional Egypt of the pharaohs.

Key words: Egypt-*Damnatio memoriae*-Queen Hatshepsut-Strategist aspiring for a feminine dynasty.

I. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE HISTORIA DE LAS MUJERES, MEMORIA Y OLVIDO

Si no fuera por la corriente historiográfica que puso sobre la mesa este nuevo enfoque que da en llamarse historia de las mujeres¹ una buena parte de la humanidad no nos habría hecho escuchar su propia voz. La historia, bien poco se había ocupado de ellas, de estas eternas acompañantes de victorias o derrotas pero nunca protagonistas fuera del marco de lo doméstico. Al menos esta es la representación que la Antigüedad tenía sobre sí misma en el ámbito de lo público: los hombres eran hacedores de destinos, de reinos y de imperios, gobernaban sobre sí mismos y sobre otros.

Desde hace un tiempo atrás los ámbitos académicos se han dedicado al estudio de una historia silenciada: la historia de las mujeres. Una historia que presenta en la antigüedad un grave desafío por la simple razón de que no se cuentan con fuentes directas de las protagonistas. Como han estudiado G. Duby y M. Perrot, podemos parafrasear diciendo que *las huellas que han dejado provienen menos de ellas mismas que de la mirada de los hombres que gobiernan la ciudad, construyen su memoria y administran sus archivos*. (1992) Es por lo tanto una memoria sesgada por los escribas del poder, una concepción mediatizada por el pensamiento y la concepción masculina que buscó sobremanera señalar el deber de las mujeres. Encerradas, sin voz, como claramente lo expresaran los griegos y más tarde San Pablo, quien les niega la palabra en la Asamblea, su presencia es considerada frágil y amenazante a la vez. Es un ser al que se debe cuidar y del que se deben cuidar los hombres debido a su naturaleza desbordante y desbordada, como enseñó Foucault. La

1 *La Historia de las mujeres ha dibujado su propia trayectoria, convirtiéndose en un área de gran desarrollo en la historiografía internacional*, afirma María Dolores Ramos en su trabajo *Historia de las mujeres y pensamiento feminista: una historia plural a debate*. (2006)

situación se torna más compleja aún cuando el sujeto de estudio es una mujer que gobierna un pueblo, un estado, un imperio. Entonces, como suele ocurrir en la historia, no es ya la historia “de la mujer” sino la historia de la relación entre géneros, la historia de una persona y las representaciones que de esa persona traza su misma cultura ante sus contemporáneos, historia de las relaciones de poder y que reflejan el imaginario colectivo de un pueblo/sociedad en un determinado período, en función de determinados valores, creencias, necesidades y, por supuesto, intereses. Inmersas en una cultura- la mediterránea- que la consideraba imperfecta por naturaleza, por deber sometida al varón al cual debía responder, esta subordinación parecía formar parte del orden natural. A una mujer que gobernara, que ejerciera una función dominante, ya fuera desde un trono o dentro de una familia, se la consideraba masculinizada y un peligro para la jerarquía natural del universo, que situó al hombre en primer lugar. (Anderson y Zinsser 2009:15)

Una relación interesante a realizar es, justamente, entre las variables mujeres-olvido-memoria piezas claves sobre las que se articula la reconstrucción de la Historia.

Pierre Nora (1978) afirma que *donde acaba la memoria empieza la historia*, pero lo cierto es que uno de los elementos esenciales que operan en esa reactualización y reconstrucción del pasado desde la memoria de quién lo evoca en un momento dado, es la necesaria lucha contra el olvido.

La memoria en el sentido más simple del término, es la presencia del pasado. H. Rousso (1993) añade que *es una reconstrucción psíquica e intelectual que supone, de hecho, una representación selectiva del pasado, un pasado que no es nunca el del individuo solo, sino el de un individuo inserto en un contexto familiar, social, nacional*.

Un trabajo importante de la memoria es la elaboración de mitos o de contramitos. Es capaz de producir el nacimiento de

un personaje ideal, encarnación de un imaginario determinado, en torno al cual se cimienta la nueva comunidad reencontrada.

Al analizar la memoria también debemos recordar que hay silencios que pueden significar ocultación-olvido voluntario- o señalan el límite entre lo que el comunicador considera decible o indecible. La complejidad de los usos del olvido se manifiesta especialmente en el olvido oficial, el impuesto por el poder político a un pueblo o a una colectividad. La sociedad si no olvida, finge hacerlo, al menos acepta colectivamente el silencio. La amnesia puede acompañarse de una amnistía, incluso, de una ruptura total con un pasado que intenta borrarse oficial y definitivamente.

En este trabajo intentamos rescatar de la memoria colectiva a una mujer egipcia, Hatshepsut, quien fue condenada al olvido por la política oficial, esta amnesia fue acompañada de una ruptura total con el pasado que la tenía como protagonista, logrando, como contrapartida, el nacimiento de un personaje ideal.

Debemos recordar que en el Antiguo Egipto la actividad política estaba representada por el faraón o “dios bueno”, encarnación particular de Horus, un antiguo dios-cielo y dios halcón que se vinculó con el culto solar de Re. La relación -Osiris-Horus-Set- reforzaba la monarquía y su vinculación con los antepasados reales aseguraba la permanencia de la sucesión real dentro del cuerpo mítico central y autoritario. La mujer era nombrada como Nebt-Het, que literalmente significa La Dorada (con el significado de grandeza, nobleza), Señora de la Casa. Los aspectos y atributos más importantes de los dioses estaban personificados en las Netert, Ma-at, pues personificaban el principio del orden cósmico manteniendo el equilibrio y la armonía del universo.

Hatshepsut fue una de las tres mujeres que, en 3.000 años, fueron “rey de Egipto”. Hija de Tutmosis I y de la esposa real, la reina Ah-Més Ta-Sherit, debió conformarse con casarse con su

hermanastro Tutmosis II para cumplir con la legalidad. La corta edad de éste facilitó su avance hacia el preciado trono legitimado. Según las referencias históricas, el día 29 del segundo mes de Peret del año II del reinado de su padre fue cuando el oráculo del gran dios tebano le comunicó que sería reina-faraón. Este arreglo político se detalla en la autobiografía de la tumba de Ineni, un funcionario alto en la corte: *El, Thutmosis II, subió al cielo en triunfo y se confundió con los dioses. El hijo tomó su lugar como rey del Doble País y se convirtió en jefe sobre el trono de aquél que lo había engendrado. Su hermana (tía), la divina esposa Hatshepsut, dirigió los asuntos del país según su propia voluntad.* (Breasted 1906:341)

Al principio, la reina actuó con discreción y trató de mantenerse dentro de los límites impuestos por la costumbre a las reinas. Pero, como existían antecedentes de que una mujer reinara con el título de rey, como por ejemplo Sebeknefrure, a fines de la Dinastía XII, Hatshepsut se sintió lo suficientemente fuerte para proclamarse faraón.

Para legitimar dicha situación apeló a la Teogamia, haciendo del dios Amón, su padre carnal y declarando que el dios había querido que ella ocupara el trono de Egipto, tal como lo demuestran las inscripciones: *Dé la bienvenida a mi hija dulce, Mi favorito el rey de Egipto superior y más bajo Maatkare, Hatshepsut, Arte de mil, El Faraón, tomando posesión de las dos tierras.* (Breasted 1906:341; Whitman 1992, Introducción)

Ella nos recuerda en una inscripción sus derechos reales transferidos por su padre: *Cuando yo tenía 6 años, mi padre Thutmosis I me levantó y sentó a su lado en el trono de Amón. El dijo: Flor de Egipto, tú serás reina, El me tocó y me llevó con él en su barca real desde el bajo Nilo, Hasta Menfis, Sakhara, Giza, para ver mi reino.* (Idem)

Como sabemos, en Egipto Antiguo la principal esposa del faraón- “la gran esposa real”- era nombrada “esposa divina de

Amón”. Mitológicamente se aceptó que el dios Amón en persona se le apareció a la madre de Hatshepsut, bajo los restos mortales del consorte real, deseoso de poseerla. En este acto Amón le dijo: *Hatshepsut será el nombre de esta hija mía y será una excelente reina para todo el pueblo.* (Breastad 1906:2) Asumió con todos los símbolos reales: el *Khat*, paño principal, rematado con el *uraeus*, la tradicional barba falsa, y la *shendyt* falda escocesa. Muchas estatuas existentes la presentan con el traje real y sus pechos ocultos por los brazos que sostenían los atributos reales.

En un relieve del templo de Dayr al-Bahari, Hatshepsut-niña está representada como un varón, pero ello no sorprende, dado que, de hecho, se proclamó “rey” “Horus hembra” y “Toro poderoso”, adoptando prácticamente todos los epítetos que se solían reservar al faraón. No contenta con ello, optó por hacerse representar como hombre o, en cualquier caso, sin los evidentes atributos femeninos. (Anderson y Zinsser 1991: I,85)

El reinado de esta poderosa y al parecer, bellísima reina se caracterizó por un programa de gobierno tendiente a la consolidación interior del país, asociado a la paz y prosperidad. En una inscripción que se encuentra en un templo, edificado por la reina en Beni Hassan, se lee: *He restaurado lo que había sido destruido. He reedificado lo que antes de que los asiáticos llegaran de Avaris ya estaba destruido en el delta.* Sus grandes obras se recuerdan en los relieves del templo funerario, en Deer- el- Bahari. Para la realización de esta obra imponente, la reina envió al tesorero nehesi al país del Punt, con cinco grandes barcos cargados de mercancías.

Dedicó al templo de Amón en Karnak dos gigantescos obeliscos de 30 metros de altura que fueron excavados en las canteras de Assuán, esculpidos, transportados y terminados en tan solo siete meses. La reina se sirvió también de poderosos colaboradores, como el visir Hapuseneb, a través del cual controlaba a la poderosa clase sacerdotal, el tesorero Nehesi, que también

ejerció funciones de embajador en la tierra del Punt, el arquitecto Thute y el Príncipe Senmut, quién desempeñaba cargos muy especiales, además de ser la persona de mayor confianza de la reina. Senmut dirigió todas las grandes obras arquitectónicas de Hatshepsut y llegó a tener el honor supremo de colocar su efigie en los templos de Tebas y de hacerse representar, aunque en lugares poco visibles, en los relieves de Deer-el-Bahari.

¿Quién era esta persona que gozaba del privilegio de poderse representar al lado de la reina o solo, si bien en lugares menos visibles? Aunque no ocupaba ninguno de los cargos más altos del reino, es decir, ni el de visir, ni el de sumo sacerdote, ni el de tesorero, su nombre se encuentra asociado a una larga serie de títulos.

Senmut era príncipe y conde heredero, pero también único compañero y administrador supremo de Amón. Superintendente de los campos, del jardín, de los rebaños, de los esclavos, de los campesinos y de los graneros de Amón, era profeta de la barca sagrada de Amón, jefe de los profetas de Montu en Hermópolis, portavoz del santuario de Geb, primer funcionario de la Casa de la Corona Blanca, controlador de la Gran sala de la Casa del Funcionario, ayuda de cámara del rey, superintendente de la Residencia Real, controlador de todas las divinas artes, gran padre tutor de la princesa Neferure, controlador de todas las obras de construcción del rey en Karnak, Hermon-tis, Deer-el-Bahari, y del templo de Muten Karnak en Luxor; y, finalmente, superintendente de todos los superintendentes y supervisor de los supervisores de las construcciones reales. Este papel especial no deja dudas; ocupaba sin duda el primer lugar en el corazón de la faraona.

El templo de Hatshepsut, construido por Senmut, está situado en un gran anfiteatro rocoso, junto al de Mentuhotep, faraón de la Dinastía XI, que se remonta a 550 años antes. Estaba adornado con estatuas, parterres verdes y esfinges. Como todos los santuarios funerarios, poseía un templo en el valle, hoy des-

truido, del que partía una monumental rampa procesional, de treinta y siete metros de ancho, probablemente flanqueada por esfinges que aún se pueden ver entre los campos cultivados.

Los planes de la reina consistían en inaugurar una auténtica dinastía femenina de reyes, y por esa razón declaró “Heredera” a su amada hija Neferura. Cerca del año 16 de su reinado, la reina perdió a sus más grandes pilares de sustentación: Hapuseneb y Senmut. Ya había finalizado la construcción del templo de Deir el-Bahari, el rey Tutmosis III ansiaba tomar el poder y la muerte de su princesa –esposa, Neferura, hija de Hatshepsut le permitió hacerlo. Los golpes fueron tan grandes que a partir de entonces la reina se retiró parcialmente del cargo y el otro rey, Tutmosis III, comenzó a gobernar. La muerte de la princesa fue tan repentina y favorable al nuevo rey, que hay quien piensa que fue intencionada, consiguiendo su objetivo de derrumbar a la reina anterior.

La mujer faraón murió en su palacio de Tebas tras un reinado de 22 años, abandonada por todos. Se ignora la edad de su muerte, pero debería oscilar entre los cuarenta y los cincuenta años. Su tumba definitiva se encuentra en el Valle de los Reyes y está catalogada como KV20. Existen indicios que mandó ampliar la tumba de su padre Tutmosis I para ser utilizada también para ella. La reina fue enterrada junto a su padre. El amor y la lealtad que la hija profesó al padre tuvieron que ser tan grande que quiso permanecer junto a él toda la eternidad. Se dice que Tutmosis III ordenó retirar el cuerpo de su abuelo de dicha tumba construyendo una definitiva para depositar definitivamente el cadáver de éste.

El nuevo faraón nunca perdonó a su tía-madrastra haber asumido el trono: borró su nombre y el de Senmut de los anales e hizo suyo el hermoso templo de Deir el-Bahari, y simuló que su reinado era continuación del de su padre, obviando el de Hatshepsut.

A la súbita desaparición de la reina le siguió una *damnatio memoriae*, probablemente deseada por el nuevo rey, quién hizo destruir las estatuas que la representaban en el santuario de Deer-el Bahari.

Quien se aventura en el templo funerario de la reina en dicho lugar, observa inmediatamente que los rostros de las representaciones de la reina y algunas inscripciones muestran evidentes signos de un cincel destructor.

A partir de los restos hallados en las canteras situadas junto al templo sabemos también que ordenó destruir todas las estatuas que representaban a la reina, cuyas cabezas tienen la nariz rota y los ojos vaciados para impedir que pudiera “ver” o “respirar”, según una práctica mágica de la época. Durante la época ramésida, su nombre fue suprimido de las listas de los reyes de Egipto y su tumba, violada.

Como conclusión, podemos afirmar que la ruptura de la tradición no fue aceptada por sus contemporáneos y produjo una *damnatio memoriae* inducida. Esta mujer desafió a su tiempo, tuvo la valentía de cumplir su sueño, sintió que tenía los mismos derechos que los faraones, quizás por eso su recuerdo ha quedado a pesar de todos los intentos que se realizaron para borrar su existencia en la Historia de Egipto. Así Hatshepsut, se convirtió a la luz de la Memoria, en un triunfo paradigmático sobre los olvidos, silencios y ocultación, que desde el poder estadual se quiso imponer sobre ella.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Extracto de la biografía de Ineni traducida por el J. H. Breasted, *Expedientes antiguos de Egipto; documentos históricos*, Chicago: 1906, 2.

Inscripción de Beni Hassan. *Fuentes egipcias*, PREDE, Buenos Aires.

Poems are taken from Hatshepsut, Wayne Press, Detroit, 1992.

Inscripción de Hatshepsut en Breasted J. H., *Expedientes antiguos de Egipto, documentos históricos*, Chicago: 1906, 2.

- ANDERSON, BONNIE Y ZINSSER, JUDITH (2009), *Una historia propia*. Trad., Teresa Camprodón y Beatriz Villacañas, Madrid, Crítica.
- BEDMAN, T Y MARTÍN VALENTÍN, F. (2004), *Sen en Mut, el hombre que pudo ser rey de Egipto*, Madrid.
- BEDMAN, T. (2003), *Reinas de Egipto. El secreto del poder*, Madrid Oberon Grupo Anaya.
- BREASTED J. H. (1906), *Expedientes antiguos de Egipto; documentos históricos*, Chicago, 1906, Vol. 2.
- CASAL, B. (1998), *Hatshepsut, la primogénita del dios Amon*, Madrid.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch. (2002), *La reine mystérieuse. Hatshepsout*, Paris.
- DUBY, GEORGES Y PERROT MICHELLE (1992), *Historia de las mujeres en Occidente*, Trad. Marco Antonio Galmarini, Madrid, Taurus.
- FOUCAULT, MICHEL (1961), *Folie et déraison. Histoire de la folie à l'âge classique*, París, Plon.
- NORA, P. (1978), *La Nouvelle Histoire*, Paris, Éditions de l'EHESS (École des Hautes Études en Sciences Sociales).
- RAMOS, MARÍA DOLORES (2006), *Historia de las mujeres y pensamiento feminista: una historia plural a debate*, Málaga, Universidad de Málaga. Facultad de Filosofía y Letras.
- ROUSSO, H. (1993), «La memoire n'est plus ce qu'elle était», en *Homage à François Bédarida, Ecrire l'histoire du temps présent*, Préface de Robert Franck, Paris, CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique), 105-113.
- WHITMAN, RUTH (1992), *Hatshepsut Speaks to Me*, Wayne SU Press, Detroit.